

TRANS Lapponia

Texto y fotos: JOSÉ MIJARES

José Mijares es un viejo conocido de todos los lectores de Barrabes. Durante el pasado invierno decidió cruzar la Lapponia en su totalidad, a través de Rusia, Finlandia, Suecia y Noruega. Cruzando la noche ártica. Lo que suponía que durante al menos 50 días no vería asomar el sol por el horizonte, y la mayoría de horas del día tendría que avanzar en plena oscuridad.

Excepto la primera parte del recorrido, en la zona rusa, José estuvo en solitario. Bueno, no exactamente. Iba acompañado de su perro Lonchas, ya tan famoso como él, sino más, convertido en un verdadero fenómeno mediático. A través de bosques, lagos helados, ríos. También ascendieron la montaña más alta de Lapponia.

Y aunque por motivos familiares no pudo llegar hasta el mar, y completar los 90 días previstos de travesía, su viaje tuvo un final redondo que lo llenó de sentido.

Ésta es su crónica.



onía

67 días y 1200km en solitario a través de la noche ártica



“Mi último viaje ha sido largo, pero no tanto como yo hubiese querido. Hubiese continuado feliz hasta gastar mi último euro, mi último día, sino me hubiesen frenado las responsabilidades, los proyectos, el amor de los que me esperan en casa... todas esas buenas cosas que raspan la aventura con un filo de remordimiento culpable, hasta que se imponen y te arrastran de nuevo a casa, seguro de que haces lo que debes, pero triste por lo que dejas atrás.

No fue fácil decidir la ruta. En cambio, yo mismo me impuse la fecha: quería viajar durante la noche polar. Es sin duda la época más dura, pero también una experiencia que deseaba vivir, algo que tenía pendiente. Ahora, tras 46 días sin ver el sol asomar por el horizonte, sé de primera mano que es algo extraordinario.”

A la memoria de Ángel Pamplona Monforte.



Una nueva línea en el mapa. Mis viajes por Lapponia nacen siempre en un mapa que llevo conmigo siempre encima. Aunque esté en una playa en Cádiz. Para ver nacer una nueva peregrinación tengo en cuenta las estaciones y la naturaleza de cada lugar, los animales que la pueblan y los pueblos o edificaciones que se encuentran en la zona: las aldeas donde viven los samis, casas aisladas de criadores de renos y cabañas abiertas que, en un momento dado, puedan servirme de guarida.

Pero sobre todo, por encima de todo, pienso en cómo desplazarme por el territorio de una manera lógica y estética.

Cuarenta y seis noches de invierno. Me gusta viajar solo pero no soy un solitario: Por eso en las etapas de inicio y final de este viaje me acompañaron dos amigos: Ainhoa Aldalur y Javier Pedrosa.

No fue fácil decidir la ruta. En cambio, yo mismo

me impuse la fecha: quería viajar durante la noche polar. Es sin duda la época más dura, pero también una experiencia que deseaba vivir, algo que tenía pendiente. Ahora, tras 46 días sin ver el sol asomar por el horizonte, sé de primera mano que es algo extraordinario.

Respecto al recorrido, decidí comenzar en Murmansk, en la Lapponia rusa, a finales de noviembre: justo cuando empieza la noche polar. ¿El final? 90 días después. O 90 noches después, podríamos decir. 1.500km a través de la Lapponia rusa, finesa, sueca y noruega. Hacia el oeste. En donde comienza el mar. ¿Los medios? En bicicleta por el hielo ruso, y a pie y con esquís, acompañado por mi inseparable compañero Lonchas, mi perro, el resto de travesía.

En medio, la noche ártica. 50 días en los que el sol no asomaría por encima del horizonte, y excepto 2 horas de claridad, una oscura noche me acompañaría.





1ª ETAPA

DE MURMANSK A IVALO – A PEDALES. CARRETERAS, BOSQUES Y HIELO

Murmansk, en la Península de Kola, es la mayor urbe del Ártico. Ciudad portuaria, reúne todos los tópicos que uno espera encontrar en las ciudades ex soviéticas.

La primera etapa de mi viaje nos llevaría hasta Ivalo, a 300 km. Dada la escasez de nieve y frío de ese extraño invierno de 2011-12, Ainhoa y yo nos decidimos por cubrir el trayecto en bici, sobre carreteras heladas en constante penumbra.

La partida, desde la misma puerta del hotel y en hora punta de tráfico, fue delicada: teníamos poca experiencia ciclando sobre hielo y mucha carga en las alforjas. Fue una suerte encontrar la carretera hacia raja jooseppi –la frontera - sin que nos embistiera el camión de la basura. Habíamos previsto hacer 50 km de media, pero sólo teníamos un par de horas de claridad al día y, al menos yo, bastante miedo a los conductores rusos. Lo cual, por cierto, resultó ser un prejuicio equivocado: de hecho, son muy educados.

Nos dijeron que entre Murmansk e Ivalo no encontraríamos alojamiento, así que cargamos con tienda, cocina y comida para una semana. Supusimos, esta vez acertadamente, que no sería difícil encontrar buenos sitios para acampar en aquella región de espesos bosques y lagos. Después de terminar el viaje, alguien me ha dicho que en esa carretera es donde los rusos cazan osos que luego venden a los circos. Aún no sé si es una leyenda urbana, si me tomaron el pelo, o si resulta que es verdad.

Invierno no tan frío. Aunque la carretera estaba helada y cubierta de nieve, y encontramos la mayoría de ríos y lagos congelados, la temperatura nunca bajó de los -22C. Fue decepcionante para Ainhoa, que había venido con ganas de experimentar el frío polar y esperando ver el termómetro llegar a -40°C - y un alivio para mí. Debo reconocer que no pasamos frío y que, por mucho que le pese a Ainhoa, la vida es mucho más fácil a -15°C.

A medida que ganábamos kilómetros crecía nuestra sensación de ir alejándonos de la civilización: menos coches, más baches y paisajes más bellos, bañados en una luz entre morada y naranja increíble. El espectáculo era tan bello como breve, ya que las sombras se alargaban en cuestión de minutos, el cielo se teñía de azul y pronto salían las estrellas, compañeras de viaje durante la mitad de cada jornada.

Los días en la carretera rusa fueron hermosos. Como en todo largo viaje cuando comienza, queríamos fotografiar todo y exprimir al máximo cada experiencia. Nos sentíamos a gusto con el ritmo y el paisaje. Las acampadas en el bosque, bien entrada la noche, tenían su encanto. Las charlas en torno a los miles de sueños que ambos tenemos. Ainhoa está ávida de aventuras y este viaje era para ella, sobre todo, un aprendizaje. Quería saberlo todo. A mí me divertía contarle mis experiencias. Aunque apenas nos conocíamos cuando emprendimos viaje, la veía como un reflejo de mí mismo con unos años menos. Compartiendo lo que he aprendido, sentí que estaba devolviendo de alguno modo la sabiduría que otros, en el pasado, me habían regalado.

La vida en la frontera. La última noche en Rusia, estábamos buscando un lugar para acampar cuando vimos un típico puesto de mantenimiento de carretera ocupado por dos hombres. Salió un tipo bastante mal encarado que me mandó a paseo sin contemplaciones. Cuando nos disponíamos a reemprender la marcha de noche, el compañero del hombre del puesto salió a nuestro encuentro y nos invitó a seguirle con gestos y sonrisas. En la casa donde antes nos habían dado con la puerta en las narices, ahora nos ofrecieron una habitación y una succulenta cena. Ellos miraban la tele y nosotros a lo nuestro, en silencio y comunión perfecta.

Paramos en la última gasolinera antes de la frontera y nos dimos un pequeño banquete de batidos de chocolate y cruasanes. Una mujer atendía aquel lugar, en mitad de la nada, embutida en pantalones piltto, con tacones de vértigo y pintada como una puerta. Era surrealista. Después vino la frontera: primero un control con una valla, chequeo de pasaportes y después la verdadera puerta de salida de Rusia. Las fronteras siempre me han parecido absurdas, injustas e hipócritas. Tengo que contenerme para que no se me note demasiado en la cara.

Una vez en territorio finlandés, teníamos 50 kilómetros más que rodar hasta Ivalo. No llegaríamos ese día; había que buscar un campamento de fortuna. Por no sé qué proceso de catarsis, estábamos especialmente alegres, atisbando el final del viaje. Hablábamos de nuestra etapa rusa como si hubiésemos pasado meses dando pedales por Siberia.

En Ivalo terminaba una etapa del viaje, y comenzaba otra. Ainhoa seguiría su camino, en busca de nieve donde esquiar (si la encontraba), mientras que yo debía ir a recoger a Lonchas, al que había dejado al cuidado de una curiosa mujer que vive en Lakselv (Noruega).



2ª ETAPA

DE IVALO A INARI – SIN NIEVE

Cambiaba a Ainhoa por Lonchas. La bicicleta por los esquís. Y la carretera por los grandes bosques y lagos. Me adentraba en el corazón de Laponia.

El plan era regresar con Lonchas y continuar la travesía hasta Inari cruzando con esquís el lago del mismo nombre. Había previsto todo... menos que el lago Inari no se hubiese congelado – ¡algo así no había ocurrido nunca! Cambié los esquís por unas raquetas que no usé.

Así que, en este extraño invierno sin frío (para Laponia...), me puse la mochila y eché a caminar. Pronto decidí salir del bosque para atravesar un lago que parecía suficientemente helado – para asegurarme, dejé que Lonchas caminase delante: como buen perro polar que es, si olfatea agua da un brinco hacia atrás de inmediato. Además, como pesa 50 kilos, sé que si el hielo aguanta a su paso también aguantará al mío. De todas formas, cuando nos habíamos alejado unos cientos de metros de la orilla no podía dejar de pensar en el rato tan agradable que íbamos a pasar chapoteando si mis cálculos fallaban.

El hielo aguantó, pero descubrí otro problema: el lago estaba cubierto de hielo liso sin nieve por encima, haciéndome echar de menos unas suelas de clavos para las botas. Las cosas se estaban complicando – pero la ruta así también tenía su encanto.

Tardé 3 días en llegar a Inari, durmiendo en cabañas que encontré de camino. Cuando llegué al pueblo me alojé en un hotel y me reencontré con Ainhoa, que llevaba todo ese tiempo viviendo en casa de mi amiga Varpu. Esta es una sami que enseña su lengua nativa – el dialecto sami de Inari - en la escuela. En total, solo hablan esa lengua 250 personas en el mundo. Así es Finlandia.

Los 100 kilómetros más largos. Desde Inari, la ruta seguía hasta Karasjok, que también había planeado alcanzar atravesando el lago Inari, y donde también tuve que improvisar, caminando por el bosque o siguiendo sendas para motos de nieve, llenas de calvas. En un arrebato de optimismo, me llevé los esquís. Eso sí, escogí unos viejos. Porque tenía pinta de que, si los usaba, las suelas iban a llevar lo suyo...

No hace falta decir que sufrí lo que no está escrito. Con tan poca nieve todos los ríos estaban sin congelar y los caminos de arbustos en unas condiciones infernales. Lonchas tuvo que esforzarse de lo lindo para arrastrar su pulka (él también arrastra un trineo con material y comida) por encima de los matorrales. Aquellos más de 100km resultaron los más duros del viaje. No había cabañas para pernoctar, estábamos a mitad de diciembre y la oscuridad era agobiante: apenas 2 horas de claridad daban paso a la noche más cerrada que uno pueda imaginar. Avanzaba a la luz de una linterna frontal, buscando desesperadamente las balizas que marcan las pistas de motos de nieve, y que no siempre eran visibles. A menudo tuve que dejar la mochila en el suelo y buscar el camino en la oscuridad.



TRAS 46 DÍAS SIN VER EL SOL, POR FIN ASOMA POR EL HORIZONTE; FIN DE LA NOCHE ÁRTICA.



LONCHAS CON EL KEBNEKAISE DETRÁS. POCO DESPUÉS HARÍA CIMA EN ÉL, CONTRA LA OPINIÓN DE LOS GUÍAS DE LA MONTAÑA.

Crucé varios lagos en total oscuridad, fiándome de Lonchas y oyendo crujir el hielo bajo mis pies. En los cinco días que tardamos en llegar a Karigasniemi (en la frontera con Noruega) no vimos a nadie, ni yo pude permitirme bajar la guardia.

Al día siguiente solo debíamos avanzar otros 16 kilómetros hasta Karasjok. Por suerte el río parecía estar bien congelado, así que de mañana nos lanzamos sobre su cauce solidificado y, simplemente, lo seguimos hasta el pueblo, ya al otro lado de la frontera. Aquí no hay guardias celosos, ni aduanas, ni papeleo para los transeúntes.

En Karasjok me esperaba un equipo del programa “Madrileños por el Mundo” y la comodidad del hotel Rica, que conozco bien y me encanta. Además, un patrocinador me pagaba los hoteles en la etapa noruega de mi viaje. Lo mejor, sin embargo, me esperaba en recepción: Gloria, mi mujer, me había enviado un paquete-regalo con un montón de cosas... ¡Hasta un árbol de Navidad!





3ª ETAPA

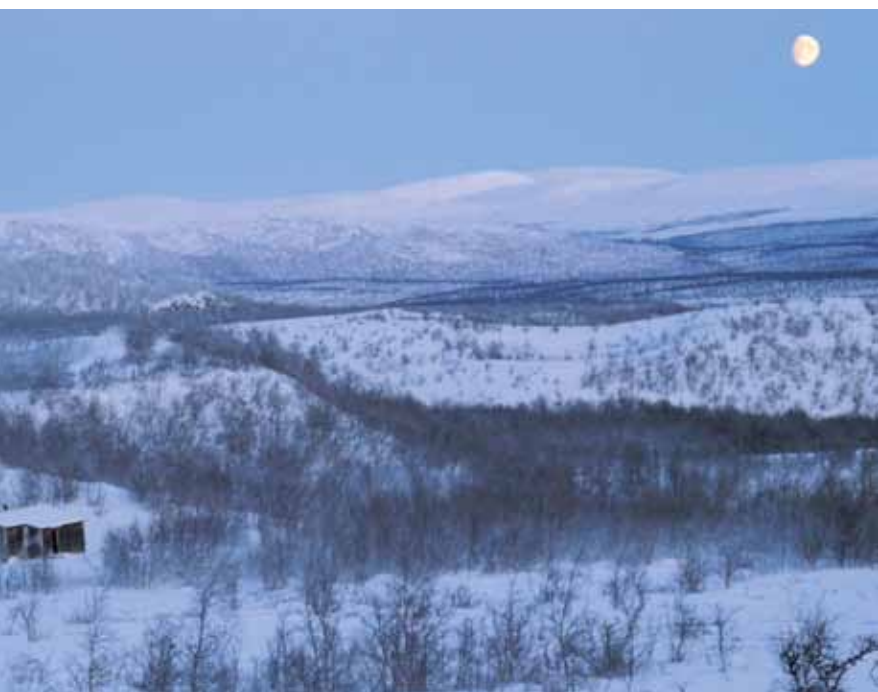
DE KARASJOK A KAUTOKEINO - EL ACCIDENTE

Cuando salí de Karasjok había algo más de nieve, aunque la ruta que había previsto estaba impracticable y el río descongelado en su mayor parte. No obstante, me calcé los esquís (esta vez los nuevos) y salí por el bosque hacia el río a toda velocidad. O, mejor dicho, a todo descontrol; mi torpeza tuvo consecuencias fatales para el pobre Lonchas, al que terminé pasando por encima y, lo más grave, haciéndole dos cortes en dos de sus patas con los cantos. Un musher que vivía cerca me hizo el favor de coser a Lonchas la pata trasera, pero aquello era una solución de urgencia, ni mucho menos suficiente para que pudiéramos continuar el viaje. Lonchas necesitaba unos días de baja.

Intenté cargar yo con todo el equipo, para que Lonchas pudiera caminar a mi lado, pero las condiciones campo a través eran muy malas, con tan poca nieve y el río descongelado. Además, mi compañero estaba herido y necesitaba cuidados. La decisión estaba clara: no podíamos seguir a pie.

Baja por prescripción médica. Sabía que Ainhoa, que por entonces estaba de viaje con mi coche, pasaría ese día cerca. Así que me acerqué a la carretera, a 75 km de Kautokeino, a esperar a que pasara. El veterinario de Kautokeino sólo pasa consulta los viernes: debía llegar a tiempo a la ciudad para que curase a Lonchas, aunque eso supusiese renunciar a realizar la totalidad del recorrido sin medios mecánicos y recorrer aquel tramo en coche, como ya había hecho docenas de veces anteriormente.

Así llegamos a Kautokeino, donde el veterinario cosió las heridas de Lonchas y las trató convenientemente, mientras que a mí me dejó pomadas cicatrizantes, vendas con que hacer curas posteriores, y la orden de no movernos en tres días. Aquellos días perdidos, sobre todo delante del ordenador del hotel, me parecieron un castigo; contaba las horas para poder volver al camino.



5 RAZONES PARA USAR FIVEFINGERS



1 FORTALECE
los músculos de los pies y las piernas

2 MEJORA
la movilidad de las extremidades inferiores

3 DESARROLLA
el equilibrio y la agilidad

4 INCREMENTA
la percepción del cuerpo

5 FAVORECE
la postura de la columna vertebral



LONCHAS "REPTA" EMPLEANDO LAS HUELLAS DE LOS GRAMPONES DE JOSÉ, HACIA LA CIMA DEL KEBNEKAISE.

4ª ETAPA
DE KAUTOKEINO A KILPISJARVI – POR LAS RUTAS SAMIS. 180KM SIN AVITUALLAMIENTO

Salimos de Kautokeino con comida para 15 días. Teníamos por delante el trayecto sin avituallamiento más largo del viaje: 180km hasta Kilpisjarvi son 180 km., a través del Parque Nacional de Reisa. De camino, además, subiremos la montaña más alta de Finlandia: el Halti, de 1.331 metros.

Yo debía arrastrar todo el peso para que Lonchas se recuperase bien. Como primera escala, puse rumbo a Madam Bongos – que, pese al nombre, no es una casa de mala nota sino una cabaña gestionada por mi amigo Mikel, en la que sirven comidas. Los 20 kilómetros cargado al máximo me dejaron tan extenuado que decidí pasar un par de días con Mikel – don Bongos, para los amigos– y dar tregua a la recuperación de Lonchas. Pasado ese tiempo, partimos de nuevo, hacia un lago en cuyas orillas habitan samis.

En territorio sami. La verdadera Laponia; Nochebuena en la cabaña. Esa es la verdadera

Laponia, a la que no llegan los turistas. Los samis son ganaderos que recorren el territorio buscando los mejores pastos para sus rebaños. Son un equivalente nórdico de los cowboys norteamericanos, aunque estos viajan en motos de nieve, vestidos con pieles y lazos, y llevan colgados del cinto no revólveres, sino vistosos cuchillos.

Son tipos auténticos, que aún viven de manera tradicional. En cierto modo envidio su forma de vida, libre y solitaria. También son bastante mayores... raro es el que baja de 45 años. Siempre que me veían, aunque fuera a distancia, se acercaban para ofrecerme su hospitalidad. También son la mejor fuente de indicaciones sobre la ruta, ya que los caminos dibujados en los mapas no se ven en la oscuridad de la noche polar. Nada como el consejo de un sami para seguir un buen rumbo a través de esa descomunal vastedad de bosques y lagos.

Si acampaba y no era tarde, a menudo detenían su moto a mi lado deseándome buenas noches, y yo les ofrecía un café a cambio de sus indicaciones sobre el camino a seguir, a menudo usando sus propias huellas sobre la nieve como referencia. Lo cierto es que en esos quince días, gracias a sus consejos, nun-



ca me extravié.

Cuando encontraba una cabaña para pasar la noche, me aseguraba de no acabar con las provisiones o la leña que otros habían dejado. Las reglas no escritas del viajero nórdico dicen que si hay pocas provisiones, tal vez llegue luego alguien que las necesite más que tú. Así, pasé la Nochebuena en una cabaña en cuyo interior el termómetro marcaba -17°C . Cené y desayuné como si fuera a hacer cima en un ochomil. Incluso, cuando me puse en marcha de nuevo, tuve la sensación de que fuera se estaba mejor.

Nuevas montañas, nuevos amigos. Buscando el mejor camino para evitar ríos y tramos sin nieve, crucé el Parque Nacional de Reisa por su parte alta, justo la que no conocía, y que resultó ser muy bella. Ya en Finlandia, dispusimos de una red de cabaña confortables y bien surtidas de leña. Aunque el tiempo no acompañaba, el 28 de diciembre ascendí el Halti. Fue un día fantástico, nunca olvidaré la luz cuando llegué a la cumbre, a 55 km de cualquier lugar habitado.

Al poco de regresar a la cabaña, apareció un viajero solitario, procedente de la República checa, que desplegó todas sus provisiones sobre la mesa y me invitó a cenar con él. Yo, que llevaba los víveres justos y racionados, casi lloro de emoción al ver pan y salmón ahumado. David, que así se llamaba, me dijo que tenía 28 años, que trabajaba en Noruega como

camionero y que estaba pasando las navidades esquiando solo por la zona. Quedamos en encontrarnos más adelante y celebrar la Nochevieja juntos.

El resto del camino prometía ser sencillo: es todo descenso hasta Kilpisjärvi, hay cabañas de camino. El problema es que cada vez había menos nieve, lo que dificultaba mucho el avance, y que el tiempo se puso realmente desagradable. Pude encontrar las cabañas gracias a que tenía las coordenadas registradas en el GPS. En una de ellas encontré a una pareja de Estonia de lo más peculiar: vestían y viajaban como antiguos vikingos, en vez de aislantes llevaban pieles de reno, se cubrían con prendas de lana y cuero cosidas por ellos mismos, ¡incluso se fabricaban sus propios cuchillos! Enseguida congeniamos y surgió una bonita "amistad de cabaña", que continuamos hasta llegar a Kilpisjärvi.

Allí conozco un hotelito muy bien atendido. Por suerte, a pesar de ser 31 de diciembre, estaba abierto y la dueña, tan encantadora como siempre, me dio una cabaña estupenda donde nos alojamos la pareja de estonios vikingos, Lonchas y yo. También dejamos hueco a David, que llegó al poco tiempo.

Pasamos la Nochevieja juntos en el dancing-bar del pueblo y vimos los fuegos artificiales de medianoche en Kilpisjärvi y, una hora más tarde, a lo lejos, los que celebraban el año nuevo en Noruega y en Suecia, ya que estos dos países se encuentran en el siguiente uso horario, con una hora menos.



Innovation | Quality | Value

FLASH 2.0

Este 2012, el modelo icono de Mad Rock gana en prestaciones.

Nuevo material SynFlex, sintético y stretch, en la zona del empeine para un ajuste perfecto. Talón 3D rediseñado que nos asegura una mayor precisión. Incorporación de Shock Gel en la zona del talón para un extra de amortiguación.

Media-suela en policarbonato indestructible para torsiones milimétricas y sensibilidad garantizada.





LUZ ONÍRICA Y PAISAJE IRREAL DESDE LAS ZONAS ALTAS DEL KEBNEKAISE.

5ª ETAPA

DE KILPISJARVI A KIRUNA/ABISKO- CAMBIO DE PLANES

Había previsto salir de Kilpisjarvi siguiendo una ruta que ya conocía a través de las montañas suecas y noruegas hasta Abisko, pero llegado el momento dudaba entre seguir un camino conocido (aunque no en invierno) o lanzarme a la aventura por otra ruta nueva para mí.

Como suele ocurrirme, decidí apostar por la novedad y me puse en marcha a través de la superficie helada del lago Kilpisjarvi. El viento había barrido la nieve de la superficie y andaba caminando entre resbalones, echando otra vez de menos los clavitos para las botas. La superficie helada del lago era negra y a Lonchas no le hacía ninguna gracia. Iba asustado y tuve que atarle a mí para evitar que corriera hasta la orilla. Solo así pudimos atravesar juntos el lago por el centro y buscar la orilla contraria para entrar en Suecia.

La pelea. La ventaja inmensa de ir por Suecia es que los caminos para motos de nieve están bien balizados, sólo necesitaba seguir las señales a través de parajes que me sorprendieron por su belleza. De pronto me sentí muy alegre de haber elegido esa ruta nueva. Tenía por delante 200km de ruta nueva, un increíble paisaje de montañas en el horizonte y, al fin, nieve en condiciones y bastante más frío.

Lonchas estaba recuperado y tiraba del trineo, dejándome disfrutar de la marcha con solo una mochila a la espalda. Todo iba a la perfección...hasta que apareció un Sami en una moto de nieve que, como es habitual, se paró a saludar. Éste, además, llevaba un adorable perrito en el asiento trasero, el cual tardó una décima de segundo en saltar y enzarzarse en una pelea de "machos Alfa" con Lonchas. En un mo-

mento yo rodaba por el suelo, envuelto en cuerdas, con los esquíes puestos y la mochila a la espalda, intentando separar a los animales, mientras el sami gritaba a su perro.

Para cuando cada uno de nosotros logramos hacernos con nuestro perro, yo llevaba agujeros de colmillos bien clavados en la mano derecha. Cuando me quité el guante tenía la mano sangrando. Creo que el sami se asustó; insistía en llevarme de vuelta a Kilpisjarvi (a más de 50 km) pero yo me hice el duro y decliné la oferta. Cuando se fue saqué el botiquín, descongelé el Betadine y me limpié las heridas – cinco colmillazos agujereándome la palma – lo mejor que pude. También tenía un impresionante moratón y los músculos contracturados; apenas podía sujetar el bastón de esquí.

En el camino encontré muchas casas de samis y manadas de renos en cercados, cuya presencia despertaba en Lonchas un deseo irrefrenable de lanzarse hacia ellos. Entonces, Lonchas tiraba de la pulka y yo, con la mochila, le ataba a mí y tiraba en dirección contraria para evitar que atacase a los animales. ¡Era agotador!

El mundo para nosotros. Estaba maravillado por el entorno, tan solitario y salvaje. En aquel viaje estaba encontrando todo lo que había buscado durante mucho tiempo; avanzaba feliz con Lonchas como si fuéramos los únicos seres vivos del planeta. He tenido con anterioridad muchos compañeros de viaje, pero viajar con Lonchas tiene algo especial, que no sabría explicar, pero que me gusta, que hace la experiencia más intensa, más auténtica.

Así, fui acercándome al final de la etapa, que en teoría iba a consistir en cruzar el Tornetrask, supuestamente helado, para llegar a Abisko. Una tarde, ya sin luz, me topé con un poblado sami donde me dijeron que el lago estaba completamente abierto y que si



quería cruzarlo, tendría que hacerlo a nado.

Aquello fue un shock. Tenía un depósito en Abisko y mi ruta debía pasar necesariamente por aquel lugar para luego enlazar con el resto del camino. Sin embargo, de nada me valía lamentarme. Monté la tienda en un claro del bosque y saqué el mapa para buscar opciones nuevas. Por mucho que miré, solo se me ocurría una alternativa: dirigirme a Kiruna. ¡Cuántas veces había cambiado ya el itinerario original! Otra vez, aquel extraño invierno estaba decidiendo por mí.

Encontré un sami, que me indicó una ruta sobre el mapa que me llevaría hasta Kiruna, a través de una serie de lagos congelados por los que el mismo había pasado recientemente y, por tanto, dejado huellas.

Llevaba ya 46 días de viaje y, según mis cálculos, aquél sería el primer día en que vería asomar el sol sobre el horizonte. Había más claridad que de costumbre y ni una sola nube; también hacía un frío tremendo: -35°C. Los lagos estaban totalmente congelados y, sobre ellos, una estupenda huella que seguir. Avanzábamos veloces, tanto que a mí me costaba seguir el ritmo de Lonchas, ya casi sin carga.

El fin de la noche ártica. Al fin, sobre uno de los lagos, vi aparecer el sol detrás del bosque tiñendo todo de un rojo intenso que me conmovió profundamente. Algo insólito tras tantas semanas de oscuridad. El sol asomaba tímidamente por el horizonte: fin de la noche ártica. A partir de ese momento, cada día tendría 12 minutos más de luz. Hacía un frío de mil demonios pero la promesa del sol me daba una fuerza infinita tras los días oscuros, donde en el cielo sólo brillaban la luna y las estrellas, cuando se dejaban ver.

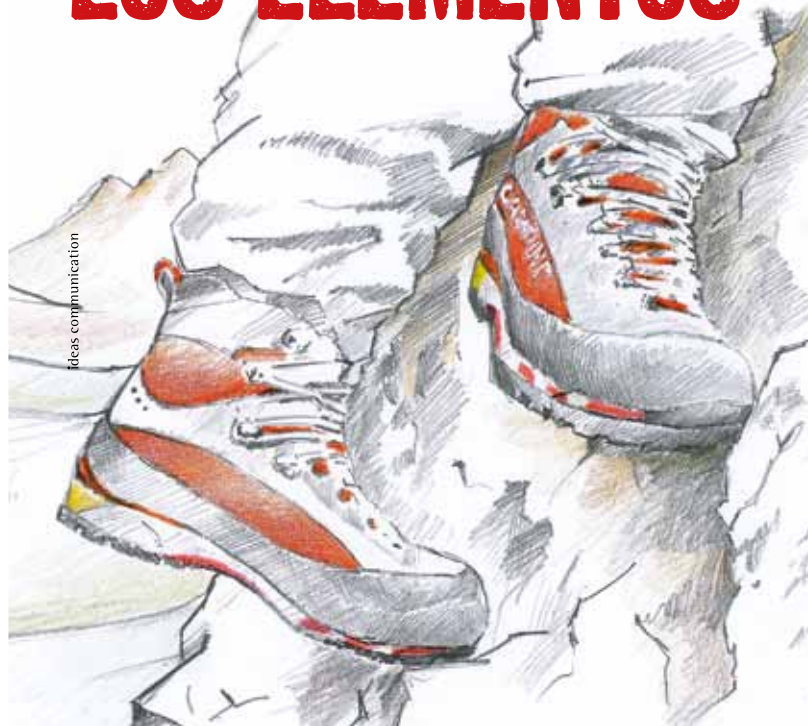
Aún acampé una noche más en el bosque y enfilé los últimos lagos rumbo a Kiruna. Estaba muy satisfecho con el giro que había tomado mi viaje en esa etapa, que me permitió conocer tantos lugares nuevos.

En Kiruna nos quedamos dos días, tiempo en el que aproveché, entre otras cosas, para pasar por el hospital donde me pusieron la antitetánica. Yo no quería haber llegado a eso, pero Gloria insistió tanto por teléfono que finalmente accedí, y para demostrar que no mentía, filmé a la enfermera mientras me pinchaba y colgué el video en Facebook. La enfermera se moría de risa.

En Kiruna se cumplieron 50 días de viaje y 1000 km de ruta. También allí recibí noticias de problemas familiares que pusieron fin a la expedición. La salud de mi suegro había empeorado muchísimo, Gloria se había tenido que hacer cargo de la casa de sus padres y como consecuencia de ello, el trabajo de Artico (la empresa que ambos tenemos en Cabo Norte) estaba menos atendida de lo que nosotros, 100% involucrados y obsesivos con el trabajo, podíamos permitirnos.

Hubiera querido seguir viajando un mes más, pero no pudo ser. Me necesitaba mi mujer, y también mi trabajo. De todas formas, Gloria me animó a que me quedase unos pocos días más, para completar la travesía del cercano Kebnekaise, la montaña más alta de Laponia, y terminar el viaje en Ritsem.

NO IMPORTAN LOS ELEMENTOS



Más comodidad con menos peso

Muy estable y con un ajuste cómodo, el Dragontail MNT GTX proporciona agilidad, buena movilidad y ligereza. El lazado hasta la punta del pie garantiza un mejor rendimiento en la roca y permite un ajuste personalizado. Su suela Vibram garantiza una óptima adherencia en las pequeñas escaladas y el trekking. Es un calzado ideal para aproximaciones, y actividades en montaña, utilizada por diferentes compañías de guías, en sus salidas alpinas.

**GARMONT, INSTRUMENTOS
PARA UNA VIDA MÁS LIGERA**

MOUNTAIN

DRAGONTAIL MNT GTX rojo/tierra
Peso: 495gr.(1/2 par talla 8UK)



M.D. VIPER S.A:
W: viper-sport.com

6ª (Y ÚLTIMA) ETAPA

LA TRAVESÍA DEL KEBNEKAISE

En Abisko me dirigí al albergue de montaña para informarme sobre las condiciones del Kebnekaise y la posibilidad de subir con Lonchas a la cima. Claro que yo no conocía a los guías de allí y sus maneras de burócratas rusos, mirando el reloj sin disimulo, una y otra vez. En vez de contestar a mis preguntas repetían cansinamente: “no es la época”, “hace mucho frío”, “está muy oscuro”, “no hay huella” o “todavía no han instalado la vía ferrata”

¿Ferrata? ¿Cómo que “ferrata”, desde cuando... ? ¡Eso sí que es nuevo!

Opté por consultar el mapa en vez de a ellos, y éste mostraba una subida muy accesible desde el valle opuesto, aunque para llegar a él tendría que circunvalar la montaña... lo cual me parecía de lo más sugerente. En mi mapa se veía una tímida línea de puntos que insinuaba esa ruta circular.

Finalmente di con un guía que confirmó que efectivamente existía esa opción, más larga pero más segura, hasta la cumbre. Lo que no veía claro es que subiera con Lonchas; decía que la morrena de acceso al valle superior no era adecuada para él. Le expliqué que había perros que habían subido a la cumbre del Huascarán, que son muy ágiles... y mis comentarios chocaban contra su mirada, mezcla de incredulidad y desdén.

Líneas perfectas sobre la nieve. A menudo he pensado en las razones estéticas que me han empujado a realizar este viaje. Una línea sobre un mapa, una huella sobre un lago helado, el ziz-zag de las subidas, las huellas solitarias de un animal salvaje sobre la nieve. Esa líneas me sobrecogen. No puedo explicarlo. Veo arte en esto. Durante el viaje me he quedado fascinado viendo nuestras huellas sobre el terreno. Las huellas apenas rasgadas de las pezuñas de lonchas sobre nieve dura, las líneas perfectas de los esquís avanzando por laderas interminables o el surco, a menudo profundo de la pulka.

Las líneas en los mapas, que tanto me gusta pintar al final de mis viajes, encierran para mi todo ese arte y dotan al paisaje de una mirada. No hay paisaje sin mirada.

Por eso, cuando imaginaba mi línea, la veía llegando hasta Ritsem. Tenía que ser ése y no otro lugar el que marcara el final de este viaje. Padejelanta y Svartisen se quedan como líneas para el futuro. Todas ellas se unirán a las pasadas y vertebrarán mi Laponia emocional.

Desde el albergue de montaña de Kebnekaise hasta Ritsem recorrí una vez más una zona que no conocía. Al inicio del viaje pensaba más en llegar; pero a medida que tenía que recomponer mi recorrido, empecé a dar prioridad absoluta a transitar por lugares nuevos. No se trataba de tragar millas. Quería que todo fuera nuevo para mí. Qué bello el mundo por descubrir y cómo cambia la percepción del mismo cuando una y otra vez vuelves sobre tus pasos. El viaje me obligaba a pensar en esto una y otra vez.



EL KEBNEKAISE, MÁXIMA ALTURA DE SUECIA (2.111M), CON LA LUZ DEL FINAL DEL INVIERNO BOREAL.

Los días hasta Ritsem fueron duros, pero al menos pude aprovechar cabañas para dormir. Por primera vez en el viaje pude ver un glotón. Me quedé impresionado. Qué ser...

Después de 4 días llegué a Ritsem temprano y con luz. Allí tenía que encontrarme con mi amigo Javier Pedrosa.

El valor del silencio. Iniciamos la ruta circular al Kebnekaise poniendo rumbo a la cabaña de Tarfalla. Fue un día especialmente hermoso. Las vistas de esas montañas eran una promesa tentadora. Lonchas brincaba de un lado a otro y se le veía disfrutando como un loco. La cabaña de Tarfalla es uno de esos sitios que no voy a olvidar. El lugar es idílico y solitario. Sólo en 3 ocasiones he encontrado gente en toda mi travesía de 70 días. Me encanta viajar solo y estar solo en las cabañas. En la de Tarfalla estaba con un amigo, y eso también es muy especial.

Javier dijo que no se sentía físicamente bien y prefería no seguir al día siguiente. Así pues, yo iría solo a dar la vuelta al Kebnekaise y él se quedaría en Tarfalla leyendo y escribiendo. Tenía por delante 62 km circulares, una cumbre y comida para tres días en la mochila. Suficiente.

La ascensión. Subí la “temida” morrena, que no me pareció ni de lejos tan complicada como había





un día nuboso y, aunque el camino era lógico, hubiese preferido subir con visibilidad. Sobre las 13:00 llegamos a la cumbre, que es tan pequeña que apenas cabíamos los dos.

Toda la magia del Ártico. Estar en la cima del Kebnekaise (2111m.) rodeado de montañas salvajes, en un entorno tan bello y solitario como éste, en compañía de mi querido Lonchas, me emocionó de verdad. Parecía que toda la tensión que llevara dentro hubiera dicho "rompan filas". Tuve deseos de ponerme a llorar. Clavé el piolet, até a Lonchas a él y estuve un rato haciendo fotos, ensimismado con el momento y el lugar, a pesar del frío que hacía.

La parte más helada de la bajada la hice con crampones y el resto, a toda velocidad con los esquís, pese a lo cual no pude evitar que se nos hiciera de noche. ¡Bendita noche! Nos regaló un cielo de auroras boreales tan sobrecogedor como inmenso. En un par de ocasiones tiré la mochila al suelo y me tumbé sobre ella a contemplar la inmensidad sobre mí. Es difícil de explicar con palabras lo que sentía. Llevo años viviendo en el norte y he visto muchas noches de auroras; pero esa a la bajada del Kebnekaise fue la más especial de mi vida.

Seguimos bajando con un ojo en el cielo y otro en el suelo y llegamos a la cabaña de Singi, que ya había utilizado en el camino a Ritsem y que, aunque pequeña, estaba estupenda y con cantidad de leña. Esa noche me costó dormir: estaba pletórico. Llamé por el satelital a mi mujer y le dije que Lonchas y yo habíamos hecho cumbre, y que estaba emocionado.

Por la mañana salí más bien tarde y regresé al albergue de Kebnekaise, cerrando el circuito de la montaña, que a su vez ponía fin a mi travesía de Lapponia.

augurado el guía de Abisko, y me maravillé viendo a Lonchas subiendo por el filo de nieve y roca. A ratos lo llevaba atado con la cuerda, porque el muy inconsciente se iba hacia el glaciar. No parecía que hubiese grietas, pero por si acaso...

La salida de la morrena era demasiado dura como para continuar con los esquís puestos, así que los cambié por crampones. Detrás, Lonchas se "incrustaba" en mis huellas y subía como un cohete, sin apenas carga. Allí arriba me quedé un rato extasiado, contemplando nuestras huellas en ese paisaje limpio y desnudo sin otra presencia que no fueran montañas y glaciares envueltos en la luz irreal del invierno ártico.

Aunque los perros no hablan -y ni siquiera Lonchas es una excepción-, ese día pude notar cómo me interrogaba su mirada. Había llegado a un acuerdo conmigo mismo: si Lonchas no lograba subir, volveríamos a Tarfalla. Pero en lo alto de esa morrena ya estábamos "salvados". Un largo y encajonado valle nos llevaba derechos a una pequeña cabaña y en apenas unas horas nos plantamos allí.

Salvado el trámite de la morrena, la ruta circular era nuestra; la gran incógnita estaba en si podríamos subir también a la cumbre. Mi compromiso con Lonchas seguía en pie y al día siguiente, en cuanto tuvimos algo de luz, nos lanzamos a por los 1500m de desnivel positivo que nos separaban de la cima. Era

Mi Kora ártica; Una nueva línea en el mapa.

Visto con perspectiva, una vez finalizado, mi viaje tomaba cariz de peregrinación. El mío había sido un camino de búsqueda, desde tierras lejanas, de una montaña sagrada, que luego había rodeado en una suerte de Kora, con devoción, como si el Kebnekaise fuera un Kailash Ártico. Lo cierto es que mi línea se había terminado cerrando en un círculo. Era lógico. Todo tenía sentido.

De regreso en la cabaña me reuní con Javier. Juntos partimos al día siguiente hacia Nikaluokta con mucho frío, que se intensificó aún más al cruzar el gran lago helado que hay entre el albergue y Nikaluokta. ¡Estaba tieso! En los lagos el frío es mucho más notorio.

Al llegar al bosque, en cambio, se atemperó la temperatura y me inundó una agradable sensación de calor. Sin embargo, al llegar a Nikaluokta el coche de Javier no arrancaba ni a la de tres.

Entonces descubrí que ese calor "tan agradable" que me invadía eran -36°C...

Definitivamente, el invierno ártico se había convertido en mi hogar.

Habían pasado 67 días desde mi partida de Rusia. 1200Km después, pintaba mi nueva línea en el mapa. ■